



Dossier

Presencia de Salvador Garmendia



Salvador Garmendia

Convicto y confeso.
Ni un solo día sin una línea

Silvia Lidia González

“La vez que Mario Vargas Llosa vino a Caracas para recibir el premio Rómulo Gallegos preguntó por Salvador. Le dijimos que vivía en Mérida, en los Andes venezolanos. “¡Cosa notable!”, observó Vargas Llosa. “Tuvo que irse a la provincia para hacerse universal”, porque en efecto, en Mérida escribió mucho y fue consolidando el cuerpo de una obra narrativa que habría de valerle renombre internacional”.

La anécdota, recordada puntualmente por Rodolfo Izaguirre, se reaviva como la memoria misma del escritor peruano-español, quien hace unos meses, ante un buen vino francés, al pie de los Pirineos, invocó a un Salvador Garmendia que, además de buen escritor, fue buen amigo... “y un hombre con un sentido del humor extraordinario”. Vargas Llosa lo recuerda así, entre el humor, la realidad, la ficción. En Caracas. En Mérida. Narrando. Siempre narrando. Y —aunque no lo aceptara— trascendiendo en la literatura.

“Ni un solo día sin una línea”. Su precepto permanece como la mayor lección de un escritor para sus amigos, sus admiradores y para todos los narradores que lo siguen nombrando inevitablemente, como un hito en la literatura venezolana: ni un solo día sin un recuerdo.

Salvador Garmendia es, en la palabra de Armando José Sequera: fantasía. Para Carlos Noguera: un maestro. Enrique Hernández de Jesús lo llama patriarca. En Ángel Gustavo Infante dejó atmósfe-

ras. Luis Britto García recuerda su literatura descamisada. Eduardo Liendo, su voluntad de creación. Victoria de Stefano, su integridad.

Para los críticos literarios y estudiosos de su obra, Salvador Garmendia dejó un mundo de pequeños seres y grandes narraciones, que aún se someten al desafío intelectual de relecturas, de nuevas valoraciones, de asociaciones con momentos que marcaron el pulso político, social y cultural de Venezuela.

Para su compañera de más de tres décadas, Elisa Maggie, Salvador Garmendia dejó un pecho lleno, que se desborda, que se sobrepone al vacío de las hojas no escritas.

Victoria de Stefano fue testigo de la confesión garmendiana: estaba sentenciado a las letras. Manuel Caballero, Rodolfo Izaguirre, Enrique Hernández de Jesús —como muchos— lo reiteran. Salvador Garmendia tenía un gran sentido del humor y una necesidad vital que se convirtió en su inmortalidad: escribir.

De picardía y sinvergüenzura pueblerina

Luis Britto García admira en la obra de Salvador Garmendia la originalidad, el estilo definido. Eso que él llama “literatura descamisada”.

Recuerda que: “cuando él empezó, la literatura tenía que ser engoladísima o desarrollarse a través de un falso experimentalismo en que no se sabía lo que se quería decir. Salvador escribió una narrativa de gente de la calle, que iba por la ciudad sintiendo el cansancio que sentimos todos; aunque la palabra sea fea, lo que él hizo fue una literatura de «pelabolas». Sí, esa sería la palabra...”

Britto García reconoce el apego de Garmendia a ese tipo de literatura, a la sencillez: “él permaneció fiel a los pequeños seres. Todos somos pequeños seres por más que nos imaginemos muy grandes en algún arranque de megalomanía”.

Muchos lo dicen, y él suscribe también la idea de que el autor dejó una huella imborrable, sobre todo, con sus cuentos. “Yo diría que su escritura llega a su esplendor con los cuentos sádicos y cómicos... cuando le salió la picardía y la sinvergüenzura pueblerina. Los suyos eran cuentos llenos de comicidad, de pequeñas vagabunderías que son muy propias de los pequeños seres”. Eso —confirma Luis Britto García— hizo grande a Salvador Garmendia.

Convicto y confeso

Salvador Garmendia se acarició varias veces su larga barba y lo admitió: “Sí señora. Soy un escritor convicto y confeso”. Así se lo dijo a su amiga Victoria de Stefano, quien tomando el té una tarde le pidió

que se caracterizara como escritor. Lo confesaba, estaba condenado a su pasión por la palabra.

Recuerda la narradora que su amistad con Salvador fue tardía. La primera vez que compartieron una experiencia juntos fue cuando participaron como jurados en el premio Ramos Sucre, en Cumaná... “un encuentro sumamente agradable, con personas como Carmen Ruiz Barrionuevo, Adolfo Castañón, y, entre otros venezolanos, estábamos Salvador y yo... eso permitió que surgiera una amistad”.

Posteriormente coincidieron en un viaje a Buenos Aires, a un homenaje a Borges, en el centenario de su nacimiento. A partir de entonces se reforzó la amistad. Eran vecinos. Con frecuencia salían a caminar por las tardes. En sus conversaciones, sin duda, surgieron variadas historias de esas marchas a pie. En ese contexto, la escritora constató el gusto de su amigo por disfrutar la naturaleza y su amor a las plantas.

Su vecino era “un trabajador insigne, incansable” y un escritor irremediable. “Creo que en Salvador la actitud ante cualquier circunstancia era la actitud de un escritor. Por ejemplo, Salvador le echaba a uno historias pero jamás le oía un chisme. No había nada que tuviera que ver sino con la necesidad de armarse una historia; de ver en cada circunstancia lo más singular que tuviera”.

La escritora aun se asombra con la memoria explorativa de Salvador Garmendia, su capacidad para no perder el hilo al conversar, su aguda atención y su lenguaje natural. “Incluso al final, cuando él tenía la sombra de la muerte, la llevaba a un costado... hablaba de una manera muy clara; había una redacción muy natural en sus expresiones. No algo rebuscado o culterano. Nada de eso. Era como si las frases salieran perfectas, cortas, directas, de su boca”.

En la memoria de Victoria de Stefano quedó guardada la imagen de un hombre íntegro. Eso era, para ella, Salvador Garmendia; un hombre con otra característica admirable: su atención. “Hay una frase muy bella de Malebranche que dice: la atención es la plegaria espontánea del alma. Había algo de eso en él”.

Aun cuando la obra de Salvador Garmendia es realista, Victoria de Stefano ha encontrado en ella una prosa que es mucho más poesía. Después de releer las *Memorias de Allagracia* se percató de ello. La narradora escogió un capítulo para leer durante la pasada feria del libro en Caracas. A pesar de los ruidos y voces del recinto, leyó en voz alta, con fuerza, y en esa fuerza surgió la poesía. “Yo quería que se sintiera que ese capítulo es poesía. A pesar de ser prosa, obvia prosa, hay unos elementos impresionistas y fantásticos, un estilo que se puede leer casi con una cadencia que te da la dimensión de su exploración de un

mundo que va más allá de la realidad. Yo sentí un elemento expresionista importante...”.

Aunque se reivindicaba más como cuentista que como novelista, se percibe en *Los pequeños seres* o en *Memorias de Allagracia* que era un gran novelista. “Pero un novelista no típico. Él también, dentro del género de la novela, hizo su género. Quizá todos los pequeños seres son una metáfora de la pequeñez del mundo, pequeño y dentro de una realidad terrible. Yo sí creo que hay un momento en que hay un Kafka dentro de Salvador”.

El escritor que tomó con sus manos el amor de la palabra

Enrique Hernández de Jesús compartió con Salvador Garmendia algo más que el amor por las letras. Anduvo con él los ríos, las calles, los cielos que envolvían misteriosamente las sensaciones más profundas de un escritor, y luego aparecían mágica y delicadamente en el ser más pequeño de la naturaleza.

Se conocieron antes del Mayo Francés. Ésa es una referencia inicial para situar a estos amigos en una Mérida de los años 60, donde recorrían las orillas de los ríos junto a Carlos Contramaestre, Ramón Palomares y Víctor Valera Mora. “En Salvador Garmendia siempre sentí el poder de la voz poética, de la pasión por la palabra en su hechura profunda. Escribió como un vasto narrador de la otredad, era un pensador y un poeta en la búsqueda de los estados emocionales del hombre, en las exigencias del visionario, con la conciencia del ser y sus haberes.”

La memoria de Hernández de Jesús es emotiva: “Se manifestó con una fuerte pureza salvaje, escritura y vida. El escritor pasional, de un espíritu absoluto. Comprendía el drama interior y los sinsabores de la cotidianidad. El escritor que tocó con sus manos el amor de la palabra”.

Así lo vio desde su juventud, a fines de los 60, en un encuentro de vida que inevitablemente destila poesía: “Salvador era un cráter de tensiones. Comprometía la profesión en el ejercicio antiguo: trabajo, oficio, lectura, y en los transparentes diálogos de su propia experiencia con la palabra cotidiana y la palabra conmovedora. Vida, muerte, resurrección, iniciación, la cercanía del abismo y el borde permanente. Es hablar y oír con los ojos del alma. Los instintos, la inocencia, la reconciliación de los tiempos... las miles de palabras que se pueden decir sobre un cuento o una crónica de Salvador: el impulso existencial, la experiencia vital, la experiencia y el poder de observación, el texto como lenguaje del alma, los sentidos en sí mismos”.

La obra narrativa es ampliamente conocida, pero su tránsito por

el mundo tiene mucho qué ver con otros senderos. Así lo evoca: “Salvador Garmendia no solamente representa al narrador que conocemos. Era un pensador, quien con su sensibilidad podía rastrear el pájaro más insignificante del parque hasta la madera crujiente del barco. En el año 1971, cuando vivía en Mérida, en muchas ocasiones, al mediodía salíamos a bañarnos en los ríos cercanos a La Pedregosa: Víctor Valera Mora, Luis Cornejo, Ramón Palomares, Carlos Contramaestre, y era Salvador Garmendia quien encontraba la picante sombra de los vientos, en detalle alternaba los impulsos de las metáforas, el proyecto de los sentidos, la conclusión de que un espejo trama su atención en el hechizo de la intimidad. Y se sorprendía con los nidos de los colibríes y de los pájaros a la orilla de los ríos. Conocía el nombre de casi todas las matas, las flores y los árboles. Nos enseñaba con su palabra y su gracia esa naturaleza...”.

Su increíble mundo natural, incluía memorias de su infancia, las cuales se asomaron siempre en las anécdotas sobre sus tías que vivían cerca de la Plaza Altagracia, en Barquisimeto. En esas historias —recuerda Hernández de Jesús acompañándolo en la nostalgia— se conoció mucho de la infancia de Garmendia, quien le enseñó que los árboles volaban alrededor de los pájaros... “Aprendí mucho de esas historias, algunas de ellas están en mi poesía. Menos mal. Lo seguiré leyendo y escuchando. Construiré a partir de él mis propios sentidos de la humildad. Yo me encuentro cerca de la paz escritural de Salvador”.

Enrique Hernández de Jesús tiene un recuerdo peculiar del buen humor de Salvador Garmendia, de su herencia, de su larga barba que no dejó tocar, aun cuando él había tocado almas y vidas en lo más hondo: “... tu barba de amor, de celo congregado, en la fauna de nuestros seres, en la fauna desgarbada del Parque del Este, en la fauna que enseñaste para saber de la vida, del borde de nuestros límites, de la palabra convertida en pequeños seres, en pies de barro, en el muerto que muere en la primera línea, y sin embargo el personaje sigue cautivando nuestros pasos y nuestras aventuras perdidas en mirada y en amor. Nuestra memoria es tu presencia y tu literatura. Eso forma parte del humor que Salvador nos enseñaba y digo como nuestro hermano Gabriel Morera: no hay palabras...”

De cómo Cortázar y Garmendia se comunicaban... Sin conocerse

Manuel Caballero y Salvador Garmendia se habían conocido en un liceo de su tierra, Barquisimeto, pero no hubo una relación muy cercana en la temprana juventud.

El autor de *Los pequeños seres* había sido un excelente locutor y se fue a Maracaibo a trabajar. Recuerda Manuel Caballero que por entonces sus referencias eran pocas, pero identificaban claramente a Garmendia: sabía que era escritor; que empezó a publicar muy joven (un novelín llamado *El parque*); que tenía una gran cultura musical (recuerda su primera lectura del autor, un artículo titulado “El mundo mágico del sonido”); y además, que era dirigente de las juventudes comunistas.

Manuel Caballero y Rafael Cadenas eran estudiantes en Caracas, cuando reencontraron a Salvador Garmendia... “nosotros éramos unos pobres diablos, sin un centavo, y Salvador ya trabajaba, así que nos invitaba a comer; era para nosotros como si llegaran los Reyes Magos. Comíamos de una sentada para todo el mes...”

Años más tarde Caballero fue expulsado del país. Permaneció seis años en el exterior y, al regresar a Venezuela, tuvo mayor relación con diversas actividades literarias. En el grupo Tabla Redonda, y en Sardio, estrechó su relación con Rafael Cadenas, Jesús Sanoja Hernández, Arnaldo Acosta Bello, Jacobo Borges, y con el mismo Salvador Garmendia.

“Políticamente nos unió la Revolución cubana”, recuerda Caballero, quien estrechó su relación con el narrador gracias también a su amistad común con Rodolfo Izaguirre. En casa de él se encontraban frecuentemente: “Era una maravilla reunirse con él. Era un fabulador natural, extremadamente embustero, como todos los fabuladores, menos porque inventase cosas que porque las agrandara. A un hecho real le ponía sus detalles y lo decía así, igual a como lo escribía...”

Entre esa mezcla de historias reales e imaginarias, Caballero no alcanza a dilucidar si fue verdad, pero recuerda que Adriano González León le insistía a Salvador Garmendia que se cortara la barba, pues parecía un loco: “...lo traía a monte. Le decía: ¡córtate esos pelos, córtate esa barba, que pareces un loco de autopista! Salvador contaba que un día iba por la autopista y se le echó a perder el carro. Tuvo que salir entonces a buscar una grúa y cuando iba caminando por la autopista, pasó Adriano, y se lo repitió: ¡yo te dije.. loco de autopista!”.

Salvador Garmendia intentó intervenir en otros campos, pero no siempre funcionó, como en el caso del movimiento de las juventudes comunistas en el país: “Salvador sabía muy bien que aquello tenía que fracasar, y él mismo se moría de risa cuando lo recordaba, diciendo: figúrate, yo era el secretario general; Cayetano Ramírez, uno de los tipos más desorganizados, era al secretario de organización, y Rafael Cadenas era el secretario de agitación y propaganda... por supuesto que eso tenía que fracasar...”

Otro de los terrenos en los que su nombre quedó escrito, fue en la radiodifusión. Era un buen locutor, un hombre de palabras, que sabía escribirlas también sobre el viento. Manuel Caballero recuerda la peculiar anécdota del encuentro de dos grandes escritores: “Un día, ya cuando Julio Cortázar y Salvador eran amigos, Cortázar le contó que allá por 1946 se había ido a trabajar al interior del Uruguay, a un pueblo del sur. Ahí no tenía más que atender algunas cosas en el correo, así que ocupaba su tiempo en escribir y escuchar radio. Por onda corta sintonizaba una estación de Barquisimeto. Salvador lo sorprendió diciéndole: ese locutor al que escuchabas, era yo”. Sin conocerse, sin haberse leído, se estableció desde entonces una vía de comunicación entre dos grandes personajes. Se hablaban, se escuchaban en el aire.

A pesar de que tenía esa gran oralidad, Garmendia prefirió vivir de su pluma: “No dejó de escribir ni un día de su vida”. El humor y la admiración se funden en cada anécdota. Manuel Caballero cuenta que el escritor era sumamente disciplinado: “Ni yo ni nadie se puede explicar esto: nosotros nos pasábamos toda la noche bebiendo aguardiente con Salvador y al día siguiente amanecíamos escupiendo candela, como los dragones, con unos dolores de cabeza espantosos y jurando que nunca más tomaríamos un trago. Mientras, él se paraba fresco, como si nada, y se ponía a escribir”.

Sin ser un crítico literario, ha escrito varios trabajos sobre la obra de Garmendia. La conoce y valora sus aportaciones: “En primer lugar, con él se da un salto en la novelística venezolana, de lo costumbrista y lo rural, a lo urbano. No es el primero, ni siquiera de su generación (Adriano también ubicaba sus narraciones en la ciudad), sin embargo sus novelas no sólo se desarrollan en la ciudad, sino que la protagonista es la ciudad”.

Su apreciación continúa: “En segundo lugar, fue el introductor en Venezuela de una técnica que le debe mucho al cine, la del testimonio visual, del autor que ve desde afuera. No se mete en la vida de los personajes ni en la forma en que piensan. No dice que un personaje está nervioso pero lo pone a pasearse, fumando, de un lado a otro”.

Caballero considera que también influyó en Garmendia el *nouveau roman*, que lo lleva al extremo descriptivo y produce una lentitud en los relatos, como en *Los pequeños seres*. “A mí las novelas de él que más me han impactado son *Los habitantes* y *Día de ceniza*, que es posiblemente la mejor. Y, por supuesto, también las *Memorias de Altigracia...*”

Nuevamente en el recuerdo aparece la figura del cuentista, sobre el novelista. “Él mismo lo decía —comenta Caballero— que se sentía más a gusto en el cuento, y ciertamente Salvador era un cuentista ex-

celso. Creo que fue uno de los más grandes de la lengua española. Era un gran cuentista no sólo en su estilo, sino en su propósito, en su voluntad creadora. Uno de los proyectos que él tenía (no sé si lo terminó) era escribir mil cuentos...”

El propósito despierta ahora la inquietud de sus amigos. Manuel Caballero y otros de sus lectores cercanos, aun siguen encontrando trabajos dispersos e incluso inéditos de Salvador Garmendia. Victoria de Stefano subrayaba la importancia de contar con las obras completas. Su esposa Elisa Maggie comenta que está por editarse una serie de cuentos. Hay mucho por conocer de su obra.

Entre tantos de sus textos, hubo mucha pasión, pero Manuel Caballero tiene la impresión de que el libro que más quería Salvador era *Memorias de Altagracia*: “Nunca me lo dijo, pero tengo esa impresión... Hay algo muy peculiar con esta novela. Con ella da un salto, es lo que podría llamarse un retorno a la infancia. Creo que es Bajtin quien dice que en toda novela hay un viaje. Salvador emprendió un viaje con el *Capitán Kid*, donde recupera su infancia. Y también lo había hecho con *Memorias...* un libro que lo hace volver a Barquisimeto, aun cuando a él no le gustaba... Salvador decía: Barquisimeto, chico, es una ciudad sin misterio; aquella cosa tan plana, tirada a cordel; ahí no hay un alero donde esconderse; uno no puede esconderse de nadie ahí... Una de las cosas que él más detestaba, y que yo suscribo, es que Barquisimeto no tenía segundo piso. Era una ciudad muy plana. Cuando se veía en las novelas o en las películas que había una escalera, uno decía: ¿qué será eso?...”

Salvador Garmendia es un nombre que puede permanecer en el centro de largas conversaciones. No se acaban las anécdotas, los recuerdos, los chistes, y la reflexión sobre su legado: “es un gran ejemplo, por su voluntad de escribir, por su vocación de escritor. Supo ser lo que se es, dentro de lo que se quiere ser...”

El ateneo que camina¹

Salvador Garmendia fue el mejor amigo de Rodolfo Izaguirre durante más de 50 años. Tiene su vivo recuerdo en el grupo de los intelectuales que solían hacer ejercicio en el parque del Este: Augusto Germán Orihuela, Rubén Darío González, César Quintana, Rafael Ángel Rodríguez, a veces Manuel Caballero, y el mismo Salvador Garmendia. El grupo era conocido como “el Ateneo que camina”.

Izaguirre deja a un lado el análisis académico y erudito: “Otros navegarán con mayor pericia por los océanos de su formidable obra literaria, por los ríos caudalosos de su escritura. La visión urbana del desamparo humano de *Los habitantes*; el tiempo fragmentado y los

desdoblamientos de alma de *Doble fondo*; los asomos fantásticos que bullen y se remueven en *Difuntos, extraños y volátiles*; sus cuentos para niños en los que, además de turpiales y pingüinos, es cosa de entender también la psicología de los gatos como auténticos dueños de la casa y luego, el resplandor de la infancia que vimos arder en *Memorias de Allagracia*. Este trabajo lo harán otros”

Él prefiere recordar, entre tantas cualidades, la humildad del hombre que mantuvo a raya a su propia gloria, confinándola a un discreto segundo plano. Permanecía alejado de aplausos, lisonjas y honores y despreciaba la vanidad: “Creo haber mencionado alguna vez cómo evidencié este rechazo y la constatación de tanta modestia. Yo había comprado una nueva edición del Larousse y observé que en ella aparecía una referencia a «Garmendia, Salvador, escritor venezolano, 1928», y los títulos de algunas de sus obras. Con sincero entusiasmo le mostré el diccionario diciéndole, emocionado: ¡Mira, Salva! ¡Apareces en el Larousse! Sin dar ninguna importancia a mi alegría me miró: ¡También aparece la palabra mierda!, dijo”.

El testimonio de Rodolfo Izaguirre describe a un personaje completo: “Con los pies puestos sobre la tierra -dice- Salvador Garmendia resultó ser uno de los intelectuales mas sólidos que haya conocido el país venezolano en buena parte del siglo XX. Sabio, dueño de una impresionante cultura; un hombre cuya fortaleza humanística ofrecía una respiración que estremecía y deslumbraba con sólo rozarla, con sólo acercarse uno a ella porque detrás se removía incesante una mente alerta, viva, activa; conocedora de todos los ardidés de la escritura, de todos los laberintos del lenguaje...”

El producto del incesante trabajo de Salvador Garmendia se amplió a diversos campos: libretos de radionovelas, telenovelas, guiones de documentales y de largometrajes de ficción para el cine nacional. Fueron esos diversos y apasionantes trabajos, los mismos que también le dieron una dura lección de vida: los derechos de autor y los guiones en Venezuela contribuyen pobremente a la salud financiera de un escritor.

Rodolfo Izaguirre fue testigo de intensas jornadas “heroicas” en las que su amigo escribía guiones radiofónicos a alta velocidad, directamente sobre el ‘stencil’, dando vida a personajes hertzianos, a meras realidades sonoras... “Mientras escribía el capítulo de una de aquellas radionovelas lo sentí tan abrumado que le pregunté si podía ayudarlo en algo. ¡No puedes!, me dijo. Y soltó su celebérrima frase: ¡Escribir mal es muy difícil! De allí que no sintiera nunca miedo a la página en blanco... sostenía que el escritor debía encontrar en ellas la incitación a escribir, a llenar ese espacio, poblarlo de objetos y persona-

jes; invadirlo, colmarlo de palabras y sonoridades y tratar de encontrarse uno a sí mismo en aquella página blanca o en esta pantalla de la computadora y descubrir, en la palabra escrita, su última y más secreta resonancia, ese silencio misterioso y particular que, al igual que el de la muerte, es capaz de convertirse en una música gloriosa”.

La pasión y decepción pueden ser aleccionadoras: “El mejor tributo que podemos hacer para consagrar la memoria de nuestro amigo y homenajear su formidable legado literario, es unir esfuerzos que permitan defender a otros, es decir, revisar la concepción y aplicación de las normas que rigen los derechos autorales en el país”.

De Salvador Garmendia se pueden aprender muchas cosas. Rodolfo Izaguirre lo tuvo como un maestro directo, cercano, que le enseñó, entre otras cosas, a escribir frente a una pared desnuda, sin libros alrededor, a comportar, en cierto modo, la obligación de asumirse cabalmente como escritor. Insistía también en la conveniencia de suspender el trabajo; hacer una pausa y regresar desde la ficción literaria para no extraviarse y quedar perdido en ella, para siempre, sin posibilidad alguna de regreso... “Así avanzó Salvador Garmendia por la vida del país, enaltecándolo en la medida en que se enaltecía él mismo al recorrer los caminos de su propia vida”.

El mejor amigo, el trabajador incansable

Los amigos de Salvador Garmendia tienen palabras precisas para definirlo, para recordarlo, para valorar su obra. Su propia compañera durante más de tres décadas, Elisa Maggie, también busca una palabra para reencontrarlo en su vida: “...amistad. Va a parecer extraño. Yo debería decir amor, pero no puedo negar que Salvador fue mi mejor amigo, con todo lo que significa esa palabra”.

“La Negra”, la llaman con cariño sus amigos, los amigos de Salvador Garmendia, los que la definen como una gran compañera, cómplice, testigo de los momentos de gran humor del escritor... “juntos hacíamos los comentarios más mordaces que te puedas imaginar”, confiesa ella misma.

La sonrisa que ampara los recuerdos alegres, que cubre también el orgullo de haber atestiguado la voluntad inmensa de escribir de Salvador Garmendia, hasta sus últimos días, palidece ante el recuento de las dificultades económicas y la enfermedad: “Los últimos años fueron muy tristes. A sus 71 años Salvador era un hombre que había trabajado todos los días de su vida, desde los 18 años, y sin embargo no tenía jubilación; estaba desempleado, sin posibilidades de una pensión ni nada... apenas

la pequeña pensión del Premio Nacional... ese año fue demasiado amargo y yo creo que de alguna manera eso aceleró su enfermedad...”

Nuevamente surge alrededor del recuerdo de Salvador Garmendia, el tema de la injusticia en los contratos con emisoras de radio y televisión, que venden las novelas y reparten ganancias entre todos los involucrados, menos el escritor. Los textos se vuelven propiedad de las televisoras o radiodifusoras, y no hay cesión de derechos, ni nada que beneficie considerablemente al autor de los mismos.

Finalmente, luego de una larga temporada enfrentando la amarga verdad de ser “escritor en un país del tercer mundo” -como lo recordaba Rodolfo Izaguirre- Salvador Garmendia fue llamado para participar en un proyecto de edición de obras clásicas en *El Nacional*. Y volvió a escribir con la pasión de siempre.

“Si Salvador hubiera sido un trabajador de esos que tiene que marcar tarjeta al inicio de su jornada, a él nunca le hubiera marcado en rojo. Escribía siempre, era disciplinado, riguroso, tenía su horario establecido”. A pesar del dolor de su enfermedad, escribió hasta el último momento. “El jueves por la mañana escribió el último prólogo que tenía que entregar para *El Nacional*, y el viernes por la tarde entró a la clínica...” Así quedó plasmada la personalidad, definida, certera, notable, de Salvador Garmendia. Y así lo recuerda La Negra: persistente, apasionado, aferrado a un mundo que no acepta punto final: el de las palabras, las escritas, las echadas al viento.

* Silvia Lidia González es periodista mexicana. Ha sido corresponsal en diversas áreas desde Estados Unidos, Europa y Japón, así como catedrática en el Tecnológico de Monterrey y la Universidad de Monterrey. Es investigadora y realiza estudios de doctorado en El Colegio de México.

Notas

¹ Algunas citas tomadas del testimonio “Salvador Garmendia y su gloriosa aventura”, presentado por Rodolfo Izaguirre en el homenaje a Salvador Garmendia (V Bienal de Literatura Mariano Picón-Salas), Mérida, junio de 2001.

